

Dudas y sospechas

Guillermo Hurtado

Creer y dudar

Sin creencias no habría dudas. Por ello, antes de ocuparnos de las segundas conviene hacerlo de las primeras. Sin pretender dar una definición de “creencia”, digamos que quien cree que *P* asevera *P*, defiende *P*, apuesta por *P*, actúa de acuerdo con *P*, confía en *P*. La creencia se da en grados y el grado con el que uno cree algo puede variar a lo largo del tiempo. Cuando estamos convencidos de que una creencia es verdadera la llamamos *certeza*. La mayoría de nuestras creencias, sin embargo, las creemos con algún grado de reserva.¹ Si bien no puede decirse

(1) Creo que *P* pero creo que *P* es falsa;

hay muchas creencias de las que podemos afirmar

(2) Creo que *P* pero creo que *P* puede resultar ser falsa.

No hay problema en afirmar (2), es decir, en creer sin certeza. Es más, según los falibilistas hemos de decir de *cualquier P*, tal que *P* es creída por uno, que *P* puede resultar ser falsa. Un falibilista genuino —si lo hubiera— viviría sin certezas. Incluso su creencia en el falibilismo puede resultar, según él, falsa.

La distinción entre la creencia a secas y la certeza está emparentada con la distinción orteguiana entre tener una creencia y estar en una creencia.² Cuando se *está* en una creencia no sólo se está cierto, sino que se apoya la vida en ella. Puede perderse una certeza con tranquilidad. Pero perder una creencia en la que se *está* es como perder el suelo.

¹ Sobre la distinción entre creer y estar cierto véase Luis Villoro, *Creer, saber y conocer*. México, Siglo XXI, 1982, cap. 6.

² José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*. Madrid, Revista de Occidente, 1977.

La duda, diríase, se opone a la creencia.

Quien duda no defiende, no apuesta, no guía ni se deja guiar. La duda es parálisis, indefinición, suspensión del juicio. Dudar que *P* es un estado de incredulidad respecto a *P* y no *P*. Quien duda que *P* no cree que *P* ni cree que no *P*. Dudar es estar entre dos creencias antagónicas que, como decía Ortega, “entrechocan y nos lanzan la una a la otra dejándonos sin suelo bajo la planta”.³ Por eso Ortega decía que no sólo se *tienen* dudas, sino que a veces también se *está* en ellas como se está en un abismo, es decir, cayendo. Es entonces que “nos hallamos en un mar de dudas”. La tierra firme a la que tratamos de llegar son las creencias en el sentido de Ortega, las creencias en las que se está. El hombre de la calle puede tener muchas dudas, puede ahogarse en ellas, pero abajo de sus dudas hay, como decía Wittgenstein, un lecho de creencias.⁴ Yo iría más lejos y diría, con un viejo refrán español que: “nada duda quien nada sabe”. El escéptico, en cambio, se lanza al mar de dudas, pretende poner en cuestión incluso el lecho de creencias, imagina un mar sin fondo.

Dudas-A

Según el mapa de la epistemología tradicional o bien se está en el océano de la duda o bien en el altiplano de la certeza. Parecería que todo lo que está en medio, es decir, la creencia común y corriente es un mero lugar de paso hacia la temible duda o hacia la deseada certeza. Esta visión de nuestra vida epistémica —ligada al proyecto fundacionista cartesiano y, a fin de cuentas, a la idea de que el problema central de la epistemología es el del escepticismo— nos parece, a muchos, equivocada. Para liberarse de ella hay que tener una concepción distinta de la creencia y de la duda de la que hemos esbozado.

De acuerdo con la concepción tradicional de la creencia y de la duda, no puede haber duda en la creencia, ni creencia en la duda. No es correcto, por tanto, decir

(1) Creo que *P*, aunque... dudo que *P*.

Sin embargo, tal parece que no siempre es incorrecto sostener (1). Además del sentido tradicional de “duda”, en el que la duda se opone a la creencia, hay otro sentido, que llamaré *amplio*, según el cual la duda se contrasta con la certeza. De acuerdo con este sentido, alguien puede afirmar (1), como cuando se dice que uno “tiene dudas” respecto a *P*, aunque crea que *P*. Cuando “creer” refiere a una certeza, (1) no es correcto. En la oración “Creo en

³ J. Ortega y Gasset, *op. cit.*

⁴ Ludwig Wittgenstein, *On Certainty*. Oxford, Blackwell, 1975.

Dios todopoderoso” el énfasis puesto en “Creo” suele no aceptar ni la más leve sombra de duda. Sin embargo, los usos de “creer” que no refieren a certezas permiten que uno haga una afirmación como (1) —por ejemplo, cuando decimos “Creo esto, pero no estoy seguro”.

Para distinguir al sentido amplio de “duda” del sentido tradicional, mencionaré al primero con el neologismo “duda-A”. Para que un sujeto *S* dude-A que *P* tiene que creer que *P*. Cuando se duda-A que *P* se cree que *P* sin firmeza, de manera incierta, como resultado de un episodio de duda que puede ir y venir sin que, por ello, dejemos de creer en *P* o incluso, como veremos más adelante, sin que cambie el grado en el que se cree que *P*.

Casi siempre uno tiene razones para dudar-A, pero hay veces en las que la duda-A no está basada en razones y ni siquiera tiene la forma de una cuestión de la que pueda haber una respuesta que la resuelva o disipe, sino que consiste en un estado de inseguridad momentáneo que puede llegar a extremos patológicos. Cualquiera que sean sus causas o sus relaciones con razones o datos, las dudas-A vienen en *grados*. Mis dudas-A sobre *P* pueden crecer o reducirse, pueden ser más fuertes o más débiles que las de otras personas sobre esa misma *P*. Por esto mismo, es frecuente que nos enfrentemos a las dudas-A con el fin de disminuir su grado y, de ser posible, de que desaparezcan, y también ayudamos a otros para combatir sus dudas-A.⁵

Consideremos un ejemplo sencillo de duda-A. Carmen *cree* que su hija Sofía cerró con llave la puerta de su casa al salir a la escuela. Carmen estaría dispuesta a conceder —si se le cuestionara acerca de ello— que puede ser que Sofía no haya cerrado la puerta con llave, pero si bien Carmen acepta que su creencia puede ser falsa, cree que, en efecto, Sofía cerró la puerta. Sin embargo, en la creencia de Carmen puede sembrarse la semilla de la duda-A. No de la duda, es decir, de una duda que sofocaría su creencia, sino de una duda que entra en su creencia como un *parásito* que molesta pero no mata. Supongamos que Carmen recuerda que la noche anterior Sofía le comentó que no encontraba sus llaves. Sofía no le volvió a mencionar el asunto. ¿Encontró las llaves? ¿Y si no las hubiera hallado? ¿Acaso Sofía salió de la casa sin haber cerrado con llave? “No, no lo creo”, se responde a sí misma Carmen, “Sofía es muy responsable, no haría eso”. Carmen *sigue creyendo* que Sofía cerró con llave, pero la *sospecha* de que no es así, de que, por no haber encontrado las llaves, se fue sin poner el cerrojo, ha sembrado una duda-A en su creencia. La duda-A de Carmen puede desvanecerse de inmediato —como si el cielo

⁵ Dudar-A que *P* no equivale a afirmar que *P* sea *dudosa*. Una *P* dudosa es una *P* oscura o poco probable. Pero alguien puede tener dudas-A de *P* sin suponer que *P* sea oscura o poco probable. Por otra parte, también puede aceptarse que *P* sea dudosa sin tener dudas-A respecto a *P*.

despejado de su creencia se hubiera nublado por unos instantes— pero también puede quedar inserta en su creencia —como los parásitos que se hospedan en el cuerpo y se quedan en él sin reproducirse— y también puede suceder que su duda-A crezca y horade la creencia hasta acabar con ella —como el organismo que se infesta de parásitos y sucumbe a ellos— y se convierta en una duda plena.

Usos de “duda”

Ocupémonos en determinar si, en efecto, la palabra “duda” se usa en el sentido de duda-A arriba descrito y qué matices hay en dicho uso.

Borges dijo que el español es un pueblo que no sabe dudar.⁶ Según la Real Academia de la Lengua, el hispanoparlante rara vez duda-A. Para la Academia la duda-A no existe más que en el contexto de la creencia religiosa y, de modo análogo, cuando “duda” significa, en su última acepción, “cuestión por resolver o ventilar”. Define así “duda” el diccionario de la Academia:

1. Suspensión o indeterminación del ánimo entre dos juicios o dos decisiones, o bien acerca de un hecho o una noticia. 2. Vacilación del ánimo respecto a las creencias religiosas. 3. Cuestión que se propone para ventilarla o resolverla.⁷

De acuerdo con la primera acepción, no se puede dudar y creer, ya que dudar es suspender el juicio o no determinarlo frente a dos decisiones o respecto a cierto dato. De acuerdo con la segunda acepción sí cabe dudar y creer. Por “vacilación” se puede entender *falta de firmeza*, por ejemplo, uno puede tener una creencia poco firme en Dios. Cuando por “vacilación” se entiende *oscilación*, *i. e.* la virazón de creer en Dios a creer no creer en él y de regreso, también diríamos que hay duda —aunque quizá sería más exacto decir que hay una indecisión o una opinión fluctuante.

En el *Compendio moral salmaticense* —manual de teología moral publicado en 1805— se hace la pregunta de si es hereje aquel que duda de los dogmas de fe habiendo sido instruido en ellos. En la respuesta se plantea una fina distinción entre la *duda afirmativa* y la *duda suspensiva*. La primera parece ser un caso de duda-A. Así dice el *Compendio*:

⁶ Jorge Luis Borges, “Las alarmas del doctor Américo Castro”, en *Otras inquisiciones*. Buenos Aires, Sur, 1952.

⁷ *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*. 22a. ed. Madrid, Espasa Calpe, 2001.

La primera se da, cuando sabiendo que la Iglesia ha definido alguna verdad como de fe, duda de su certeza. La segunda es, cuando ocurriendo duda, se suspende el juicio. En el primer caso será hereje el que duda de la verdad definida; porque el que así duda, juzga virtualmente no ser infalible el testimonio de Dios, o que la definición de la Iglesia no es regla cierta de nuestra fe. En el segundo no lo es; porque no hay asenso contrario a la verdad revelada, sino una suspensión del asenso.⁸

Obsérvese que quien tiene dudas afirmativas sobre un dogma de fe *P* no deja de creer en *P*, es decir, sigue asintiendo que *P* —a diferencia del hereje que disiente pertinazmente de la verdad de *P*— sólo que lo hace sin certeza. Si el sujeto es culpable de herejía es por *asentir virtualmente* la falibilidad del testimonio divino. Qué significa este “asentimiento virtual”, sin embargo, no queda claro; más adelante volveré a la cuestión de si la duda afirmativa es un pecado contra la fe.

Por lo que toca a la tercera acepción, hay veces en las que en vez de decir “Tengo una pregunta” uno dice “Tengo una duda”. De manera similar, cuando uno dice creer en una *P* de la que “caben dudas”, uno no quiere decir que dude-A que *P*, sino que aunque uno crea que *P*, uno reconoce que hay preguntas sobre *P* de las que se carece de respuestas. Uno puede proponer ventilar o resolver una cuestión sobre la que uno no duda-A, sino que, por el contrario, cree e incluso con firmeza. Un teólogo puede tener muchas preguntas sin respuesta sobre Dios y, sin embargo, su creencia en él puede ser sólida como una roca. Diez mil dificultades —decía el Cardenal Newman— no hacen una duda.⁹

Un diccionario menos preocupado por la norma y más atento al uso coloquial introduce desde la primera acepción de “duda” —y sin restringirlo a la creencia religiosa— el sentido amplio. El diccionario *Clave* define “duda” así:

1. Inseguridad, vacilación o indeterminación ante opciones distintas o acerca de un hecho o de una información. 2. Desconfianza o sospecha. 3. Cuestión que se propone para solucionarla o resolverla.¹⁰

En la primera acepción, el sentido tradicional se preserva en la cláusula “indeterminación ante opciones distintas”, pero la definición también señala

⁸ *Compendio moral salmaticense*. Pamplona, 1805, p. 186.

⁹ J. H. Newman, *Apología pro Vita Sua*, 1864.

¹⁰ *Clave. Diccionario de uso del español actual*. Madrid, Ediciones SM, 1996.

la “*inseguridad* y la *vacilación* ante un hecho o una información”, y en este caso sería correcto decir que se cree que *P* con dudas-A, es decir, sin seguridad y sin firmeza.

No hay diferencia entre los diccionarios respecto a la tercera acepción, pero el *Clave* ofrece como segunda acepción de “duda” a la desconfianza o la sospecha. Sobre ella me ocuparé más adelante. Ahora quisiera considerar algunos usos comunes de “duda” en los que significa duda-A.

Cuando alguien dice: “No me cabe la menor duda de que *P*”, esto parece ser equivalente a decir que se cree que *P* sin dudas-A. Obsérvese que esta frase tiene la implicación de que hay casos de creencias en las que sí cabe la duda. Pero podría replicarse que aunque haya creencias en las que “quepan dudas”, eso no significa que se crean con dudas-A, sino que hay una suerte de *hueco* en su justificación que todavía no ha sido rellenado. Puede suceder que un miembro del jurado del tribunal de un país anglosajón crea en la culpabilidad del acusado, pero acepte que *otros* miembros del jurado hayan planteado dudas razonables de que sea culpable —dudas que él no puede resolverles— y, por ello, lo declare inocente. Si él adopta también esas dudas, podría decir “creo que el acusado es culpable, pero tengo dudas-A de que lo sea”. En el caso en el que uno cree que *P* y, sin embargo, afirma “tener sus dudas” respecto a *P*, el uso de “duda” también parece ir de acuerdo con el sentido amplio. Hay veces en las que cuando alguien cree que *P* y, sin embargo, confiesa que “*empieza* a tener dudas” respecto a *P*, esto quiere decir que empieza a *inclinarse* por creer no *P*. No obstante, parece que también hay casos en los que uno puede decir que tiene dudas respecto a lo que cree sin que eso implique que se tienen dudas-A.

Grados de creencia, grados de duda-A

Qué dictamine el diccionario sobre “duda” es, diríase, tarea de lexicógrafos; la pregunta *filosófica* por resolver es la de cuál es el rol *epistemológico* del sentido amplio de “duda”. Una manera de empezar a abordar esta cuestión es preguntarse cómo se relaciona la duda-A con la certeza, la creencia y la duda plena.

Podríamos pergeñar una respuesta de la siguiente manera: hay grados de creencia y grados de duda-A y ambos son inversamente proporcionales. Por ejemplo, el grado 8 de credibilidad de una creencia es el 2 de su dudabilidad-A. Los extremos de esta escala son la certeza —grado 1 de credibilidad y grado 0 de duda-A— y la duda plena —grado 0 de credibilidad y grado 1 de duda-A. Llamaré a éste, concepción epistémica de la duda-A, el *modelo simple de la duda-A*.

Podría concederse que hay contraejemplos de este modelo. Parece que hay creencias débiles o frágiles no porque hayamos desarrollado dudas-A acerca de ellas, sino porque así fueron incorporadas a nuestro sistema de creencias y así se han quedado. Una creencia recién formada puede ser débil o frágil no porque ya tengamos dudas-A sobre ella, sino tan sólo porque es *nueva* y, por prudencia, no la creemos con un grado mayor. Sin embargo, hay otros datos que apuntan hacia lo que he llamado el modelo simple. Uno de ellos es que algunos usos de “certeza” indican que tener certezas y carecer de dudas-A es lo mismo; pensemos en la frase “No tengo la menor duda de que *P*”, que equivale a “Tengo certeza de que *P*”.

Un falibilista replicaría que aunque él carece de certezas, no por ello está lleno de dudas-A. Un falibilista, se diría, acepta –por razones teóricas generales– que cualquiera de sus creencias puede resultar ser falsa, pero eso no equivale a que tenga algún grado de duda-A, por mínimo que sea, de cualquiera de sus creencias. Yo pienso que el falibilismo es una doctrina contraria al sentido común y que no hay razones para suscribirla.¹¹ Sin embargo, hay que reconocer que de la tesis de que tener certeza es lo mismo que no tener dudas-A, no se sigue que los demás grados de creencia sean inversamente proporcionales a los de duda-A.

Michael Williams ha sugerido que la aceptación de lo que he llamado duda-A coincide con la doctrina bayesiana de la creencia como gradual.¹² A primera vista esta opinión puede resultar equivocada, ya que normalmente los grados bayesianos se miden sin utilizar nada que se parezca a la noción de duda-A. Ramsey propuso asignar a la creencia plena –*i. e.* la certeza– en *P* el número 1, a la creencia plena en no *P* 0 y al estado de duda en *P* y no *P* 1/2.¹³ Esto es sencillo, lo que hay que explicar –señalaba Ramsey– es qué podría significar una creencia con un grado de 2/3. Una manera de contestar es decir que el grado de creencia es algo poseído y sabido por el sujeto. Esta opción no es conveniente por varias razones, una de ellas es que al no haber una manera objetiva de asignar grados de creencia no podríamos apoyar un estudio científico en dicha asignación. La opción que prefiere Ramsey es tomar el grado de una creencia *C* como una propiedad *causal* de ella que consiste en la *medida* en la que estamos dispuestos a *actuar* con base en *C*. Pues bien, podríamos sostener que las disposiciones a actuar que un sujeto tiene respecto a sus creencias depende del grado de las dudas-A que dicho sujeto tenga en

¹¹ Cf. Guillermo Hurtado, “Por qué no soy falibilista”, en *Crítica*, núm. 96, diciembre, 2000.

¹² M. Williams, “Doubt”, en *Routledge Encyclopedia of Philosophy*. Londres, 1998, vol. 3, p. 122.

¹³ F. Ramsey, “Truth and Probability”, en D. H. Mellor, ed., *Foundations*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.

torno a sus creencias. El grado de duda-A de una creencia *C* podría incluso definirse, de modo análogo, como la medida en que *inhibimos* nuestra disposición a actuar con base en *C*.

Ahora bien, podría decirse que aunque las dudas-A marcan algunas diferencias de grado entre nuestras creencias, no *todas* las diferencias de grado que hay entre ellas dependen de las dudas-A. El problema de fondo, diríase, consiste en suponer que hay sólo *una* graduación de nuestras creencias. De acuerdo con la caracterización de la duda-A basada en la noción de *firmeza* de una creencia, mientras más alto sea el grado de firmeza, más bajo será el de su dudabilidad-A. Pero ¿acaso el grado de firmeza de una creencia es idéntico a su grado bayesiano de credibilidad? La respuesta a esta pregunta no es fácil debido a la vaguedad del concepto de firmeza que utilizamos aquí. Ésta puede entenderse de varias maneras empleando una familia de conceptos cercanos como *seguridad*, *confianza* o *estabilidad*. No obstante, es obvio que hay circunstancias en las que el grado de firmeza de una creencia no es idéntico a su grado bayesiano, *i. e.* a la medida en la que actuaríamos con base en ella. Demos un ejemplo: Jerónimo cree con firmeza que su esposa, que tiene cáncer terminal, se va a curar; sin embargo, es consciente de lo poco probable de esa creencia, y por ello, aunque no duda-A, la medida en la que actúa con base en su creencia es menor que su grado de firmeza. Tal parece, por lo tanto, que los grados de duda-A no deberían medirse con una escala bayesiana sino con una distinta.

Si bien hay interrogantes respecto al rol epistemológico de la noción de duda-A —que irán solucionándose con el avance del estudio filosófico de esta noción— pienso que la incorporación (o reincorporación) de la noción de duda-A apunta en la dirección correcta. Entre el mar de la duda y la tierra firme de la certeza —me disculpo por abusar de estas metáforas— hay un ancho litoral, y además hay ríos, lagunas y ciénagas en tierra firme e islas, atolones y arrecifes en la mar. Una caracterización más completa de la duda-A habría de decir mucho más acerca de su rol epistémico, en especial de la forma en la que nos ocupamos de las dudas-A en el espacio público, por ejemplo, cómo las detectamos en otros y cómo las intentamos resolver de manera colectiva.¹⁴

Sospechar y dudar

La epistemología tradicional —aquella que ha puesto al escepticismo en el centro de su atención— ha tenido como sus principales objetos de estudio a la

¹⁴ También habría que explorar la relación que hay entre la noción de duda-A (o alguna equivalente) y la de *aceptación*. Sobre la diferencia entre creer y aceptar, *vid.* L. J. Cohen, *An Essay on Belief and Acceptance*. Oxford, Clarendon, 1992.

creencia y a la duda. Estas dos nociones se han tomado como opuestas y se ha pretendido definir al conocimiento como un tipo de creencia.

He sostenido que la epistemología debería incorporar una noción de duda que no sea incompatible con la de creencia. En lo que resta de este ensayo, voy a proponer otra ampliación de la epistemología que toma a la sospecha como un estado epistémico estrechamente ligado, pero distinto, a los de creencia, duda-A y duda.

Como hicimos con “dudar”, empecemos por considerar el significado cotidiano del verbo “sospechar”. El diccionario de la Academia Española ofrece la siguiente definición:

1. tr. Aprender o imaginar algo por conjeturas fundadas en apariencias o visos de verdad. 2. intr. Desconfiar, dudar, recelar de alguien.¹⁵

La segunda acepción es más cercana a la etimología de la palabra, que procede del verbo latino *suspectare*, i. e. *mirar por debajo*. Quien mira por debajo desconfía, conjetura y lo hace, por lo general, porque ya va sobre aviso. Quien mira por debajo, quiere sacar a la superficie algo oculto, quiere develar, quiere desenmascarar. El fiscal, el marido celoso, el inquisidor hacen *pesquisas* para disponer de los elementos probatorios en los que pueda fundar una *acusación*. Se mezclan aquí —en los propósitos de develar y desenmascarar— elementos epistémicos y morales. La sospecha, en esta acepción, se opone a la *confianza*. La confianza a veces es ciega —brota del amor o del deseo— pero otras veces está fundada en las mismas razones que nos hacen creer en algo o en alguien.

La noción de sospecha como “mirar por debajo” ocupa un papel central en la actitud teórica que Ricoeur ha bautizado como *hermenéutica de la sospecha*.¹⁶ Los hermeneutas de la sospecha interpretan una narración o situación mirando por debajo de ella para encontrar lo que asumen es su significado oculto, su función genuina, sus verdaderas intenciones. Hay veces en que la sospecha puede ser útil para la interpretación, pero cuando la sospecha se sale de sus cauces, cuando siempre se busca un gato encerrado, ya no es la *comprensión* lo que parece importar sino la acusación y la condena. No puede ser la sospecha regla de la interpretación sino que, por el contrario, para interpretar, para comprender a nuestros congéneres, hay que *comenzar por confiar*.¹⁷ Muchas de nuestras creencias están basadas exclusivamente en la confianza que hemos depositado en el testimonio veraz de los que nos han

¹⁵ Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.

¹⁶ Paul Ricoeur, *De l'interprétation. Essai sur Freud*. Paris, Seuil, 1965.

¹⁷ Vid. Donald Davidson, “On the Very Idea of a Conceptual Scheme”, en *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford, Universidad de Oxford, 1984.

precedido y en la sinceridad y el buen juicio de los que ahora nos acompañan. Sin ellas nuestras vidas perderían su dirección y su suelo.¹⁸

Ahora bien, el sentido de “sospecha” que me interesa aquí es otro, uno cercano a la primera acepción de la definición del diccionario. Sospechar, según esta definición, es aprehender o imaginar algo como efecto de una o más conjeturas. La mecánica de la sospecha, en este sentido del término, tiene tres pasos:

(i) Nos enfrentamos a ciertos hechos o datos o testimonios —*visos de verdad*, como dice el diccionario.

(ii) El encuentro con estos visos desencadena en nosotros una serie de razonamientos o conexiones de ideas.

(iii) Al final de esta cadena imaginamos —o mejor dicho, *pensamos*— algo con cierto grado de sospecha.

Digo que sospechar es pensar para evitar la conclusión errónea de que la sospecha siempre está hecha de imágenes. Sin embargo, es cierto que para sospechar frecuentemente hay que imaginar, si por esto se entiende el acto involuntario y espontáneo de concebir pensamientos nuevos. Otras veces la sospecha es resultado de un acto deliberado de interpretación, análisis e incluso reconstrucción de los hechos.

Una sospecha no es una creencia débil. Hay sospechas con un grado de intensidad mayor que el de muchas creencias. Pero si bien sospechar que *P* no es lo mismo que creer que *P*, cuando sospechamos que *P casi* la creemos o *sentimos* que no estamos lejos de creerla. ¿Qué distingue, entonces, a la creencia de la sospecha? Las dos son estados epistémicos, pero cuando uno sospecha que *P* no se *compromete* con la verdad de *P* como cuando uno cree que *P*. Cuando uno sospecha que *P* no cree que *P* es verdadera, como sucede cuando creemos que *P*. Por esto cuando uno sospecha que *P* no apuesta por *P* como cuando uno cree que *P*.

La diferencia entre sospechar en el sentido de “mirar por debajo” y en el de “pensar algo por conjeturas” es cercana a la que hay entre el uso de “sospechar” en “sospechar *de* *x*” y en “sospechar *que* *P*”. Se sospecha *de* personas, de grupos, de explicaciones. Si yo digo que sospecho de Fulano quiero decir que desconfío de él, que creo que miente o engaña o tiene la intención de hacerlo. Por otra parte, se sospecha *que* una proposición es verdadera. En este caso la sospecha se *tiene*. Decimos: “tengo la sospecha de esto o de aquello”, y con esto queremos decir que pensamos o imaginamos que esto o aquello puede ser verdadero.

¹⁸ *Vid.* Agustín de Hipona, “De la utilidad de creer”, en *Obras*, t. IV. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1963.

Sospechar no es creer. Tampoco es dudar-A. Recordemos el caso de Carmen y su hija Sofía. Carmen cree que Sofía cerró con llave, pero duda-A. ¿Por qué lo hace? Porque sin dejar de *creer* que Sofía cerró con llave, *sospecha* que no lo hizo puesto que la noche anterior no hallaba sus llaves. La sospecha frecuentemente *cohabita* con una creencia contraria, es más, entra en ella como una cuña. Por eso, es posible decir:

(1) Creo que *P* pero sospecho que no *P*

sin caer en contradicción, ya que como sospechar que *Q* no implica creer que *Q*, (1) no equivale a decir que creo que *P* pero creo que no *P*.

Casi siempre que se sospecha se duda-A. Pero sospechar y dudar-A no son lo mismo. Por una parte, se puede dudar-A gratuitamente, *i. e.* sin tener sospechas previas. Por otra parte, la sospecha es una casi-creencia, no un tipo de duda. Sospechar no es lo mismo que dudar o que creer. Por eso se puede creer y sospechar a la vez; y por lo mismo se puede dudar y sospechar a la vez.

Hemos visto que la duda se da en un lecho de creencias. La duda-A, yo diría, frecuentemente se da en un lecho de sospechas. Para el Vaticano la duda-A en la fe es herejía. Esto parece exagerado. Tomás de Aquino define al hereje como aquel que disiente, de pensamiento y de palabra, de una verdad de fe.¹⁹ Pero quien tiene dudas-A de un dogma no disiente de él y no propone algo alternativo. ¿Por qué entonces llamarlo hereje? Después de todo, se diría, la duda-A de que Dios no existe, es frecuente entre todos aquellos que no tienen la fe del carbonero. No dejan por eso de ser creyentes, no dejan de vivir con y por esa creencia, tan sólo tienen dudas-A. Sin embargo, lo que podría responder el Vaticano es que las dudas-A son un indicador de que hay sospechas. Recordemos que el *Compendio* afirma que quien tiene dudas positivas peca contra la fe porque tiene la creencia virtual de que Dios no es infalible. Lo que el *Compendio* llama “creencia virtual” puede ser una sospecha entendida como un pensamiento que si bien no tiene el mismo peso epistémico de una creencia, no deja, por ello, de tener el peso suficiente para generar dudas-A. Lo que habría que preguntarse —la pregunta estrictamente epistemológica— es si, en efecto, siempre que se duda-A se sospecha.

Podría decirse, sin embargo, que juzgar al creyente por sus sospechas y sus dudas-A es demasiado estricto. Entre los amantes, hay sospechas sin que por eso deje de existir el amor, sin que se pierda la fe que se tienen el uno a otro. Pero hay amantes que no soportan ni un gramo de sospecha. En *Otelo*, Shakespeare ofrece una fenomenología de los celos en la que la sospecha y la duda-A tienen un rol central.

¹⁹ Tomás de Aquino, *Suma teológica*, II, 16.

Sospechas, dudas-A y celos

Stanley Cavell ha hecho una sugerente lectura epistemológica de *Otelo* y, en general, de las tragedias shakespearianas.²⁰ Mi lectura de *Otelo* también es epistemológica pero distinta de la del estadounidense. Recordemos que Yago le dice a Otelo que se cuide del monstruo de los celos que nos hace querer y sospechar, amar y dudar. Otelo le responde a Yago:

I'll see before I doubt; when I doubt, prove;
 And, on the proof, there is no more but
 This –
 Away at once with love or jealousy!²¹

La secuencia que marca Otelo merece nuestra atención. Él dice que no dudará sin antes ver, y que una vez que dude buscará pruebas que le permitan salir de dudas, ya sea dejando de padecer celos o dejando de amar a su esposa. Yago le responde que aún no tiene pruebas que ofrecerle, pero le pide que *observe* a su esposa. Pero para vigilar a Desdémona, Otelo habría de tener alguna sospecha de ella. Yago le planta esa sospecha con el razonamiento perverso de que si Desdémona traicionó a su padre para irse con Otelo, ella podría hacer lo mismo con él. Esto le basta a Otelo para dudar-A. No tuvo que ver nada, no necesitó pruebas, le bastó sospechar para dudar-A y la duda-A, a su vez, es la que le generó los celos. El moro le describe a Yago su estado epistémico de esta manera:

I think my wife be honest, and think she is
 Not
 I think that thou art just, and think thou are
 Not:²²

Otelo no duda en el sentido tradicional de la palabra, es decir, no ha suspendido el juicio. Su estado epistémico podría interpretarse de dos maneras. Podría decirse que lo que le sucede a Otelo es que a veces piensa que su esposa es honesta y a veces piensa que no lo es, es decir, que *oscila* entre uno y otro pensamiento y que eso lo atormenta. En este caso no sería una duda en sentido estricto lo que padece Otelo, sino más bien, yo diría, una indecisión

²⁰ Stanley Cavell, *Disowning Knowledge in Six Plays of Shakespeare*. Cambridge, Universidad de Cambridge, 1987.

²¹ William Shakespeare, *Othello*, acto III, escena III.

²² *Idem*.

epistémica. Pero a mí me parece que la lectura correcta de lo que le sucede es que él piensa que su esposa es honesta y que no lo es *a la vez*. Otelo no es, sin embargo, un sujeto irracional que cree *P* y cree no *P*. Obsérvese que Otelo no dice creer que su esposa sea honesta y que no lo sea. Lo que le hace sufrir es que junto a su pensamiento –léase *creencia*– de que su esposa es honesta, aparece el pensamiento –léase *sospecha*– de que no lo es. Es esta sospecha la que lo hace dudar-A de que Desdémona le sea fiel. Para salir de dudas-A, para sepultar sus sospechas, Otelo le exige a Yago que pruebe su dicho:

Make me to see't; or, at the least, so
 Prove it
 That the probation bear no hinge, nor loop
 To hang a doubt on;²³

Ya con esas pruebas, Otelo cree que podrá *descansar*. Si resultan incriminatorias, dejará de tener la sospecha de que Desdémona le es infiel y, entonces, podrá *creerlo* y hacer lo que procede: dejar de amarla y limpiar su honor.

El ejemplo de Otelo muestra la íntima relación que hay entre la sospecha, la duda-A y los celos. Pero creo que la noción de sospecha puede ser utilizada en cualquier otro campo en el que se tenga que examinar cómo generamos pensamientos o creencias y cómo cambiamos unas por otras. En la filosofía de la ciencia, la sospecha puede ayudar a comprender mejor los procesos de formulación de hipótesis y de cambio de teorías. En la filosofía del derecho, puede auxiliarnos a entender mejor los procesos judiciales de averiguación, acusación y condena. Y en la hermenéutica –más allá de la hermenéutica de la sospecha– puede ayudar a explicar cómo adivinamos distintos niveles en una lectura. Un examen de cada uno de estos casos requeriría, como es evidente, de un estudio que excedería los límites de este ensayo. Antes de finalizar, sin embargo, quisiera decir algo acerca de la relación entre la sospecha y la duda en sentido tradicional.

Sospecha en la duda

Hemos visto que aunque la sospecha no es una creencia, no está muy lejos de serlo. Así como hay sospechas ligadas a una creencia que pueden producir dudas-A en torno a esa creencia, hay sospechas ligadas a una duda y estas sospechas pueden producir eventualmente creencias antagónicas a la duda

²³ *Idem.*

original. Así como hay creencias sospechosas, en el sentido de que hay en ellas sospecha, puede haber dudas sospechosas por haber en ellas sospecha.

Ortega afirmaba que así como se está en la creencia se puede estar en la duda y que eso tienen en común la creencia y la duda. Ortega iba más allá y decía —rozando la paradoja— que cuando en verdad se duda, *creemos* nuestra duda porque si dudáramos de ella, sería inocua.²⁴ ¿Pero qué sentido podría tener creer una duda o dudar de ella? ¿Es éste un galimatías de Ortega? Pienso que hay algo importante detrás de la sugerencia de que podría dudarse de una duda. Si en vez de *duda de la duda* habláramos de *sospecha en la duda* creo que podríamos alcanzar una visión más perspicua de la complejidad de la duda.

Me parece que la noción de sospecha en la duda puede ser útil para comprender mejor el estado epistémico del agnosticismo.

Se ha dicho que el agnóstico, a diferencia del ateo, suspende el juicio acerca de la existencia de Dios, deja de pensar en ello y, por lo mismo, deja de preocuparse por el asunto. Enrique Tierno Galván decía que el agnóstico se *despreocupa* de la existencia de Dios y vive tranquilo en la finitud.²⁵ El ateo, en cambio, está afectado por su creencia en la no existencia de Dios. El ateo es *enemigo* de Dios, lo trae entre ceja y ceja.

Las descripciones que hace Tierno Galván del agnosticismo y del ateísmo son muy limitadas. Hay agnósticos y hay ateos como los describe él. Pero también hay ateos que no son enemigos de Dios. Cuando yo era niño creía sin dudas-A en la inexistencia de Dios. Ésa era la fe —llamémosla así— que se me había inculcado en el hogar. Pero yo no era enemigo de Dios. Creía que Dios era un invento de la imaginación, como los duendes, y que no era, en sí mismo, ni bueno ni malo.

El agnóstico tampoco es siempre un despreocupado de lo divino. Hay quien no cree en Dios pero quisiera creer, como cuenta Machado en aquel verso que dice:

Amargura
por querer y no poder
creer, creer y creer;²⁶

Y hay quienes sin creer en Dios, lo buscan. Unamuno decía que buscar a Dios cuando no se tiene fe —buscarlo en el yermo de la razón— es haberlo encontrado o mejor dicho es haber sido encontrado por él:

²⁴ J. Ortega y Gasset, *op. cit.*, p. 30.

²⁵ E. Tierno Galván, *¿Qué es ser agnóstico?* Madrid, Tecnos, 1985.

²⁶ *Apud* Pedro Laín Entralgo, *El problema de ser cristiano*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997, p. 119.

Aunque esa busca tu razón desgaste,
ni un punto la abandones, hijo mío,
pues soy Yo quien con mi mano guío
tus pasos por el coso por que entraste.²⁷

¿Puede un agnóstico querer creer en Dios o buscarlo sin sospechar en su existencia? Podría responderse que uno puede querer hacerse rico sin tener la más mínima sospecha de que uno llegará a serlo, e incluso que uno puede ir a un lugar en busca de algo sin sospechar que aquello se encuentra allí. Como sea, estoy convencido de que se puede ser agnóstico y sospechar que Dios existe, porque ese es mi caso.

Yo fui ateo y dejé de serlo. Me convertí en agnóstico. He suspendido el juicio pero no he alcanzado la ataraxia. Mi agnosticismo es un estado de trepidación y trasiego. A veces *sospecho* que Dios existe y otras veces sospecho que no existe. La mayoría de la veces, sin embargo, sospecho que existe, pero mi sospecha no es lo suficientemente fuerte ni duradera para trocarse en creencia. Esta sospecha mía, tenue e intermitente, no me mueve a buscar a Dios, como en el poema de Unamuno, ni me provoca el deseo de creer en él, como en el de Machado —aunque a veces algo parecido a ese deseo haya entrado y salido de mi alma. Y es que lo que se sospecha a veces se desea y a veces no se desea. Yo mismo apago mi sospecha; algo en mí no quiere creer en Dios y algo en mí lo quiere. Mi sospecha no ha sofocado mi duda, pero le ha quitado seguridad y firmeza. No dudo de mi duda, pero sospecho de ella y eso basta para mi desasosiego.²⁸

²⁷ Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*. México, Aguilar, 1973, p. 23.

²⁸ Agradezco a Axel Barceló, Leticia Chaurand, Miguel Ángel Fernández, Plinio Junqueira, Efraín Lazos, Carlos Pereda, Pedro Stepanenko y Alejandro Tomasini por sus comentarios y críticas a versiones previas de este ensayo.